

Méry: El Castillo de Udolfo (3)

El viento silbaba entre las ramas resacas de una vieja y estéril higuera, que tenía el aire de querer mezclarse en la conversación.

El pastor sacudía su cabeza con movimientos solemnes y melancólicos, y John Lewing, presintiendo que algo estaba por decir, descendió del caballo para escucharlo más de cerca.

«Señor», dijo el pastor, «me habéis formulado una pregunta terrible, que reabre viejas heridas en mi corazón. ¿Persistís en hacerla, u os retractáis?»

— Persisto — dijo el inglés.

— ¿Queréis saber quién soy?

— Sí.

— Soy el nieto de Anita y Ludovico.

— ¡Santo Dios! El nieto de esos dos honrados...

— Si señor, soy el mismo. Mirad, os lo ruego, esa higuera...

— La estoy viendo.

— Bajo la sombra de esa higuera, han descansado mi abuelo, mi abuela, la joven y bella Emilia y el Sr. Dupont, cuando ellos escaparon del Castillo de Udolfo.

— ¡Descansaron allí! Permitid que corte una rama del árbol venerable que ha vertido su sombra sobre tantas virtudes. Continúad, hijo de Ludovico.

— ¿Sabéis el nombre de la villa que habéis atravesado?

— Polderina, según creo.

— Justamente. ¡Pues bien! Ha sido allí donde Emilia compró un sombrero de paja de Italia, que tanto le hacía falta para su viaje hacia Livorno.

— Sí, sí, ese sombrero de paja... Tomo III, página 247, edición de Edimburgo.

— Sigamos hasta el final, todavía no lo habéis visto todo. ¿Observáis ese brezal, que se agita como las cabelleras en una cuba llena de condenados, calentada a sesenta grados Réamur?

— Sí, ¡oh, el más poético entre los pastores!

— Fue allí donde tuvo lugar la desaparición de la signora Laurentia.

— ¡Sombra entrañable! Allí se aparece todavía, seguramente...

— Allí se aparece, no lo dudéis. Por esa razón, ese brezal no deja de agitarse incluso en ausencia del viento.

— Permitid que corte una rama de ese brezal.

— Estamos pasando en este momento por el camino hondo, por donde antaño marcharon los condottieri cuando vinieron a Udolfo desde Venecia.

— Recojo un guijarro de este camino hondo.

— He aquí una pequeña pradera que ha sido regada por las lágrimas de Valancourt.

— Recojo una brizna de hierba para mi colección.

— Y aquí... no, para servirme de la expresi-

ón consagrada, ¡he aquí, he aquí, Udolfo!

— ¡Ah, Dios mío!... Tenedme un instante la brida de mi caballo, quisiera prosternarme... ¡De modo que era aquí donde estaba ese magnífico castillo! Pero, decidme, no veo el bosque de abetos.

— ¡Incendiado, incendiado!

— ¡Incendiado!

— A causa de la malevolencia. Ahora tomemos aliento y subamos por aquel áspero sendero.

— ¡Oh, lo reconozco!... ¡Y Valancourt también lo conocía! ¡Muchacho desafortunado!... ¡Oh, joven pastor, cómo podría retribuir el servicio que me habéis prestado! ¡Ah, yo sería el más reconocido de los hombres, si quisierais aceptar un rebaño de mi mano!

— Ni tan solo un cordero. No tengo deseo de nada: mi pobreza me basta.

— Ese desinterés hará mi desesperación. Decidme ahora, ¿tenéis relaciones con el hijo de Montoni?

— El tiempo y las desgracias dulcifican singularmente los ánimos. Estoy ahora estrechamente ligado al nieto del perseguidor de mi abuelo Ludovico.

— Eso me conmueve hasta las lágrimas y me reconcilia con el nombre de Montoni. ¿Su nieto no persigue más a nadie?

— ¡Por Dios! ¿A quién podría perseguir? De muy buena gana él quisiera cometer alguna fechoría, pero carece de bienes materiales. Es preciso ser rico para ser cruel impunemente. Ya lo decía Séneca: *Da posse quantum volunt*.

— ¡Cielos! ¿Habéis leído a Séneca? ¿Hablaís latín? ¡Oh! ¡Estas montañas no merecen poseeros! ¡Qué rebaño no se honraría de teneros a la cabeza! Venid a Londres conmigo, señor; venid, que os daré uno de mis viejos castillos.

— ¡Ah! ¡Si pudiera vivir lejos de estos lugares, testigos de las desgracias de mi familia y de las mías! ¿Qué delicias no hallaría que pudieran al menos compensar esta calamidad que me abrumba, bajo la sombra de unas higueras?

Conversando de este modo, llegaron hasta la cima de la montaña. Un singular espectáculo dejó enmudecido al inglés.

Un foso profundo y alargado se encontraba colmado de ruinas. Vigorosamente, una mitad del castillo aún se mantenía en pie. Una torre muy bien conservada se erguía todavía, como el tallo de un aloe brotando de un gran ramo de encinas, asistiendo como un guerrero sobreviviente en un devastado campo de batalla. El puente levadizo, irónicamente, se hallaba suspendido ante una muralla ausente. Y en el foso sin agua, unos pinos endebletes habían invadido la gran galería, pareciendo que se paseaban en hileras de a dos como enanos misteriosos. Una escalera gigantesca ascendía hacia unos apartamentos inexistentes. El viento de los Apeninos había sembrado esas ruinas y las había cubierto de una vegetación poderosa y caprichosa, que el arte jamás podría imitar.

Continuará...

(*) JOSEPH MÉRY (1797-1866): «Le Château d'Udolph», publicado en *Les nuits anglaises. Contes nocturnes* (Michel Lévy Frères, París, 1853).

Trad.: J.C.O.



Nº 20 - BUENOS AIRES/2018 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

El juego del «Si, cuando» en 2018.

El juego original había sido presentado por Georges Hugnet, en 1937, del modo siguiente: «Se sientan todos alrededor de una mesa. Cada uno escribe, sin mirar lo de su vecino, una frase hipotética comenzando por SI o por CUANDO, y aparte una proposición en condicional o en futuro sin conexión con la frase precedente. Después los jugadores ponen de acuerdo de dos en dos los resultados obtenidos» (Petite Anthologie Poétique du Surréalisme, 1934). En la presente partida, se han enriquecido algunas proposiciones con frases tomadas de Apuleyo, La Rochefoucault, Vauvenargues, Novalis, Shakespeare, La Mettrie (& alt. ...), algunas «deformadas», y asimismo de refranes populares y de la observación de estilos arquitectónicos.

J.C.O. Cuando el diablo hace la olla pero no la tapa
G.B. de tan altas las torres olvidan la Luna.

G.B. Si mis mucamos Ántero y Pósteros tuviesen que cocinar un pavo
J.C.O. la alegría sería la flor de la esperanza.

J.C.O. Cuando la oscuridad más profunda precede al amanecer
G.B. las cuerdas de las arpas serán estrellas.

G.B. Si naciese Tutuguri y al médico le doliera el neocortex
J.C.O. las cosas claras y que salga el sol por donde salga.

J.C.O. Cuando una araña se esconde detrás de un cuadro en la pared
G.B. las gallinas no quieren tener más huevos que planetas el universo.

G.B. Si fuera descalzo al oráculo de Delfos
J.C.O. los que vigilan no morirán.

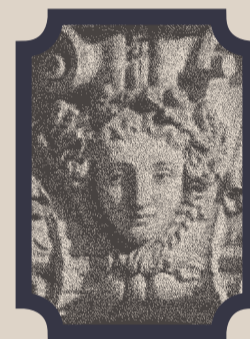
J.C.O. Cuando a veces terminamos haciendo un daño más grande pretendiendo ser buenos
G.B. una muchacha me guiña un ojo después de leer a Apollinaire.

G.B. Si fuese el primero en utilizar una góndola como libro
J.C.O. el príncipe de los rufianes transmutaría en reina de las avispas.

J.C.O. Cuando cruje y se estremece la mansión del llanto
G.B. en un cubilete se encuentra Musidora.

G.B. Si prendiera con bencina mi dedo índice
J.C.O. valdría más el saber que la elocuencia.

J.C.O. Cuando las garrapatas asemasinas se atreven a pegar un palo al agua



G.B. la providencia me quita el sueño como una mariposa.

G.B. Si mezclando la miel y el vino llegara a concebir la vida eterna
J.C.O. no habría somorgujos en el monte.

J.C.O. Cuando los viejos vinagres se agitan en el fondo de la cripta
G.B. los pianos de cola transpiran rosas.

G.B. Si la manivela del océano gira sobre Saturno eternamente
J.C.O. se sacudiría como el *desobli-geant* de Sterne cuando redacta un prólogo.

J.C.O. Cuando el actor termina siendo el juguete aunque se piense jugador
G.B. la corneta y la zorra cansan al caballo.

G.B. Si yo amara eternamente como estatua de sal y de azúcar
J.C.O. la Luna estaría en el lleno y el cielo despejado.

J.C.O. Cuando se monta una perla a lomo de gorrión
G.B. los meteoritos retornan al totemismo primero y necesario.

G.B. Si el Señor K hubiera fundado su propia ciudad
J.C.O. la sombra del laurel causaría sueño y embriaguez.

J.C.O. Cuando una noche larga viene cargada de presagios
G.B. se vuelve triste el velatorio por ausencia de calas.

G.B. Si la radio transmitiera el mensaje xilofónico de las tribus exaltadas
J.C.O. la crueldad sería la fuerza de los cobardes.

J.C.O. Cuando las salas de Cine-mascope se estrellan contra los monasterios eclécticos



GERARDO BALAGUER
Rito en las rutas de Transilvania (detalle).

El juego del «Si, cuando» en 2018 (suite).

G.B. el anillo de Saturno me da a elegir una de sus rocas.

G.B. Si Gaston Gorgiat le robase un arpa a Dios
J.C.O. los títeres de Dios bailarían la danza serpentina.

J.C.O. Cuando un hombre no puede saltar fuera de su sombra
G.B. el sombrero del filósofo es un nido de hornero.

G.B. Si el origen del mundo fuese un canguro con un globo terráqueo en su marsupio
J.C.O. el Karagöz de ojos negros se casaría con Zenne, la bella mesalina.

J.C.O. Cuando la simplicidad afectada es una impostura delicada
G.B. la sangre gira como las ruedas de un landó.

G.B. Si descubro en el telescopio los mundos perpendiculares
J.C.O. habrá fakirismo popular y globoflexia para todos.

J.C.O. Cuando se bebe de la huella de un lobo
G.B. un pulpo negro me da lecciones de escritura.

G.B. Si la noche abre sutilmente la filigrana de los espejos
J.C.O. el aceite de junípero sodomizará a los transatlánticos carpocra-cianos.

J.C.O. Cuando la fe es el consuelo de los miserables y el terror de los felices
G.B. los vinos espumantes dictan vacaciones irresistibles.

G.B. Si barnizáramos el arcoiris para que durase mucho tiempo
J.C.O. el seminarista circunciso dormiría en los nidos del águila calva.

J.C.O. Cuando tiene lugar la petrificación de la Sibila
G.B. resucito en la arena intrépida del desierto.

G.B. Si yo fuera Lemmy Caution
J.C.O. la mujer aserrada atravesaría la Muralla China.

J.C.O. Cuando la ley moral es una regla curva
G.B. a un papagayo le cae una man-

zana en la cabeza.

G.B. Si yo fuera el castillo atropetado de la leona de Safaloro
J.C.O. todos entraríamos en combustión con el agua de niebla garoé.

J.C.O. Cuando estatuas e imágenes andan por las paredes.
G.B. a un ratón no lo asusta la trampera.

G.B. Si la Luna tiene unas veces la cara de un gallo y otras la cara de una mujer
J.C.O. florecerá la fortaleza de Semiramis entre las barbas de astrakán de Nabopolassar.

J.C.O. Cuando el camello se encuentra al pie de la montaña
G.B. yo naceré rubio-obelisco y me entregaré al sueño como un sol negro.

G.B. Si las damas del baño de Ingres tocan las trompetas
J.C.O. objetos pintados en los ojos serían proyectados como por una linterna mágica.

J.C.O. Cuando galopa en las venas el insomnio
G.B. la mazamorrera de cera vende novelas góticas.

G.B. Si la gárgola tuviera tres hijas y tú fueras su padre
J.C.O. un mal actor de provincias sería expulsado a la capital.

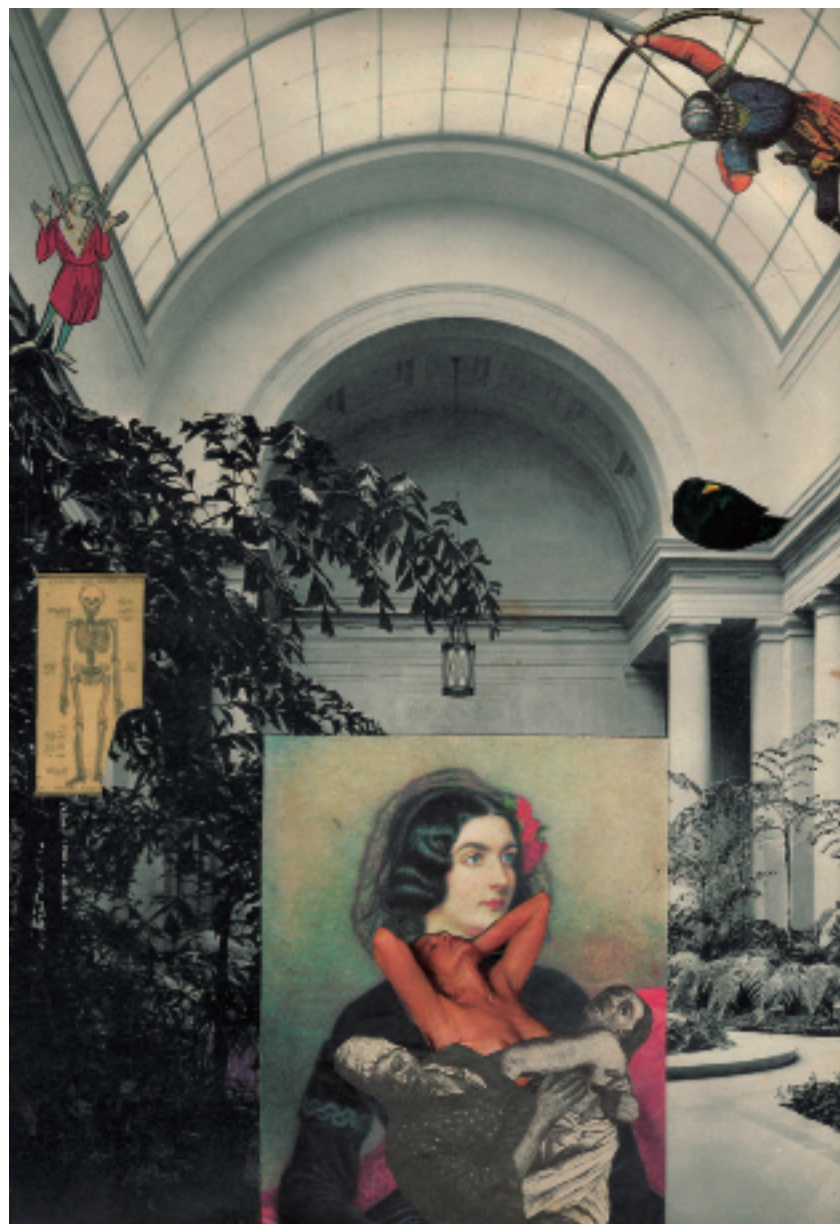
J.C.O. Cuando la historia nos ofrece un memorable ejemplo del poder del aire
G.B. la Luna y el Sol se unen para siempre.

G.B. Si el circo de Andorra tuviera un agujero en el techo
J.C.O. Nosferatu y Nostradamus beberían nubes en el Procopo.

J.C.O. Cuando un ciego arroja lejos el bastón de la experiencia
G.B. el pastor de ovejas mata a una loba y sus hijos tienen cabezas de laberinto.

G.B. : Gerardo Balaguer.
J.C.O. : Juan Carlos Otaño.

Sesiones del 21 y 22 de nov. 2017.



JUAN CARLOS OTAÑO
Esta es la casa donde se forman las palabras de los amantes.

Cosas prohibidas.

no se debe mirar demasiado

a los ciegos

ellos nos ven

mejor que nosotros:

y todas las malas acciones

(incluso aquellas que creemos buenas)

les queman los párpados

como cuando los pájaros vuelan

demasiado cerca del sol.

ANDRÉ FRÉDÉRIQUE
De «Histoires blanches», 1945.

Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

AV. GENERAL GELLY Y OBES (RECOLETA).

Cuando en 1863 ocurrió la decapitación del general Ángel Vicente Peñaloza en la Rioja, en Buenos Aires se censuró el acto por medio del entonces Ministro de Guerra Juan A. Gelly y Obes (1815-1904), que en duros términos desaprobó el modo en que se eliminó al caudillo luego de su rendición, pues su vida a partir del momento de su entrega – aclaraba Gelly y Obes – “solo correspondía a la Justicia”. El ministro, en un memorandum que más se parece a un ‘chas chas y que no esto no ocurra más’ escribió refiriéndose a los actuantes en la ejecución sumaria: Domingo Faustino Sarmiento, el coronel Irrazabal, y al teniente Juan Hunt (este último cortó como recuerdo la oreja de Peñaloza una vez decapitada su cabeza), “que al menos sus ejecutores sepan que han hecho mal, y que si no se les castiga como debía ser, es por conside-



Mirada del «Chacho» Peñaloza.

ración de otro orden”. El informe agregaba que el hecho no era, sin embargo, óbice para no ponderar los peligros y fatigas de la columna vencedora. Irrazabal recibió luego de esto un ascenso por parte del mismo ministerio.

VICENTE MARIO DI MAGGIO
Director encargado del Tre